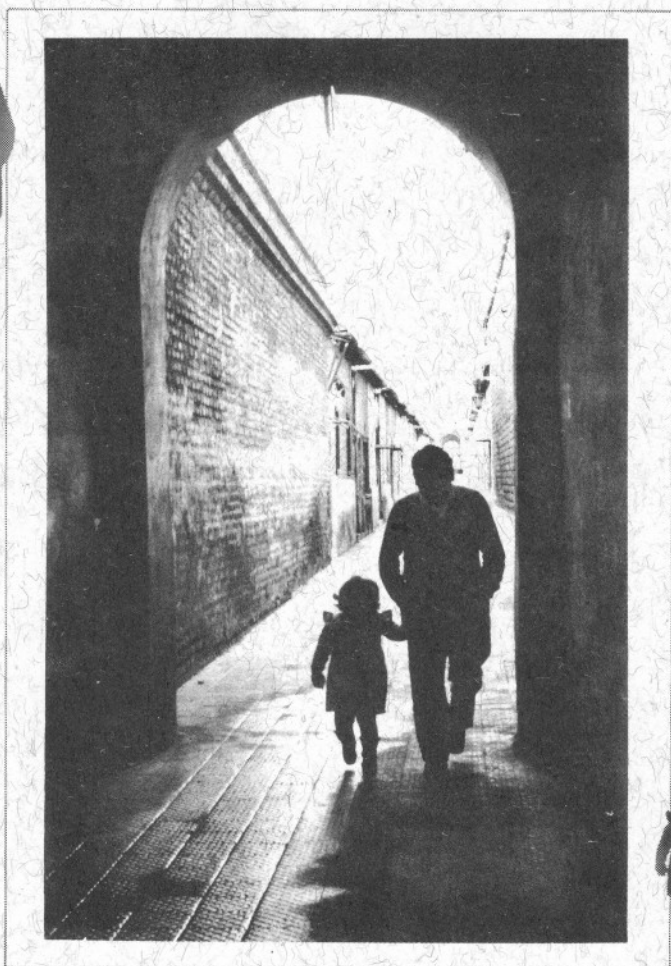


IMAGENES Y PALABRAS



(Fotografías, Textos y Poemas)
de

Ramón Angel Acevedo

SALA NUEVA

del 18 de Marzo al 5 de Abril, 1993



INSTITUTO CHILENO NORTEAMERICANO DE CULTURA

*En homenaje a Walter Benjamín,
que nos indicó un sentido*

IMAGEN: FOTOGRAFIA Y LITERATURA

¿Existen acaso objetos fatalmente sugestivos, como afirmaba Baudelaire refiriéndose a la mujer? Ciertamente que, en nuestra actual cultura de masas, uno de esos objetos es la imagen. El dominio de ésta sobre la palabra, estriba en que la imagen es fascinante (otro grado de la sugestión), mientras que la palabra es comprensible (toda lectura, por elemental que sea, nos exige un esfuerzo de comprensión que dependerá del grado de habituación que tengamos a ella). Que nuestra vida esté modelada cada vez menos por la palabra y cada vez más por la imagen, viene a ser confirmado no sólo por la profusión en el consumo de imágenes al que a diario - y por diferentes medios - somos sometidos, sino también por el hecho que hasta el mismo reducto de valor artístico de la palabra, la propia literatura, a su tiempo se haya visto mediatizada por las características infusas de la imagen fotográfica; es el caso particular de la "nueva novela" o "escuela de la mirada" que transformaba el relato verbal, de soporte de imágenes literarias y significativas como tradicionalmente había sido, en un soporte de imágenes visuales, describiendo los objetos como si fuesen vistos a través de la fría imparcialidad de un objetivo y vaciándolos así de toda significación.

Que algunos escritores hayan tomado la Fotografía como modelo para construir historias no significativas (proyecto paradójicamente contrario al de Benjamín, que exhortaba a los escritores a hacer fotografías para señalar un sentido), no ha sido por arbitrariedad estética o simple casualidad. En efecto, la imagen objetiva (la de la Fotografía) es la única capaz de situarnos en una realidad sin significación esencial; lo que ella nos ofrece no es otra cosa que lo que Artaud llamaba - refiriéndose a las imágenes cinematográficas - "la piel humana de las cosas" o "la dermis de la realidad".

Ya se trate de imágenes informativas o representativas de un estado de alma, las fotografías jamás explican; simplemente condicen o "aceptan" (Sontag), expresan lo real-cotidiano en forma de tautología: esto es lo que es (del mismo modo la "nueva novela" formulaba: "Las cosas son las cosas, y el hombre no es más que el hombre", según palabras de Alain Robbe-Grillet). Por el contrario, toda palabra - por estatuto propio - es significativa; desde el instante mismo en que es pronunciada, define al que la pronuncia según su propia psicología (es lo que hermosamente ha expresado Heidegger, al afirmar que "el lenguaje es la morada del ser").

Si la Fotografía, con toda la obsesión de su presencia nos abandona en los extramuros de la verdad (y no exclusivamente por ser tautológica, sino también porque su tendencia a espectacularizar cualquier cosa deforma la vida y la historia), y, en el mejor de los casos, nos "induce vagamente a pensar" (Barthes), entonces sólo a través de lo narrativo -el texto, el testimonio, la leyenda, el poema o la cita- nos es dado acceder al conocimiento y a la comprensión de lo real. La poesía, por ejemplo, como observaba René Crevel, "lanza puentes de un sentido al otro, del objeto a la imagen, de la imagen a la idea, de la idea al hecho preciso", permitiéndonos así desocultar la realidad. La

Fotografía en cambio, siendo una réplica de lo real, poco o nada nos dice sobre la realidad; siendo más tributaria de la belleza que de la moral, sólo nos deja en aproximaciones en cuando a los contenidos de verdad.

Si, como un reflejo de la gravitación de la imagen en nuestra sociedad, un segmento importante de la literatura de este siglo se orientó hacia lo “no significativo”, intentando competir con la imagen fotográfica en el terreno de la objetividad, cabe preguntarnos: ¿no podrá la Fotografía tender hacia lo significativo en asociación con la palabra y lo textual? (la publicidad sí que sabe de esto, pero en el sentido diametralmente opuesto: su razón de ser es el mito; ella nos instala en un “imaginario generalizado” -Barthes- impidiendo que nos inventemos a nosotros mismos, y haciéndonos comulgar en eso que Sartre llamaba lo inauténtico o el lugar común). Como contrapartida y en esa síntesis con la literatura, ¿no deberá la Fotografía (aquella en la que el hombre ha puesto su alma) adquirir un sentido desmistificador y desalienante que por sí misma jamás podría tener pretensiones de alcanzar?.

Si, como se ha dicho con razón, toda forma de resistencia al lenguaje es una muerte (y la tautología lo es, puesto que nos niega una explicación) ¿no se condenará a la Fotografía -al ofrecernos de por sí un truismo de verdad- a navegar en una suerte de pastosidad permanente sin significación esencial?. Esta actitud de desconfianza y rechazo hacia el lenguaje ¿no reproduce acaso una conducta mágica de defensa ante lo que no podemos o tememos explicar? ¿No debe el fotógrafo, como un “descendiente del augur y del arúspice” (Benjamín), llevar a cabo, aun a riesgo de su propio desgarramiento (o a instancia de él y su dolor) una operación de lectura y desciframiento de sus propias imágenes?.

Si las imágenes que pretendían ilustrar nuestro mundo (supuestamente para su conocimiento) se han sobresaturado a tal punto que han llegado a transformar la realidad del mundo en un mundo de imágenes, ¿no será en la literaturización de la Fotografía, que la imagen pueda trascender -de su estado actual de embelesamiento e ilusión- a una condición más propiciatoria para comprender las complejas relaciones de la vida que nos ha tocado vivir? ¿No será en connivencia con la palabra (y no ya como una criada de la ciencia y de las artes, como pensaba Baudelaire) que la Fotografía ocupe su puesto verdadero, y nos permita acceder a la búsqueda de un sentido inalienable de lo real?.

Sí, por último, como Simmel ha percibido con acierto en su sociología de la gran ciudad: “quien ve sin oír, está mucho más... inquieto que el que oye sin ver”, y si admitimos que para el habitante de las grandes ciudades de hoy, el consumo compulsivo e indiferenciado de imágenes no es más que otra forma de escapar a esa Verdad rotunda e inquietante que estalla irreductible del “mirar” (la Vida, la Muerte, el Tiempo, los Otros, la Soledad), ¿no es entonces el fotógrafo, como un impenitente de la mirada (llena de presagios y lejanías), desde la desolada aceptación de su inquietud, el llamado más que nunca a develarnos toda la belleza y la tragedia que se infieren de nuestra condición actual?.

Son para mí estas preguntas (y tan sólo algunas respuestas provisionarias) las que se agitan en el fondo de estas “Imágenes y Palabras”, suspendidas en la transitoriedad y en el obstinado acontecer de la presente exposición.

Ramón Angel Acevedo
Diciembre de 1992